

Estampas Callejeras

Los ideales en Cuba tienen su temporada, como el carnaval. Pasquines de candidatos. La ciudad se ha llenado de caras y caretas.

Por ELADIO SECADES *marzo 31*

El calendario criollo ha entrado en el ciclo de las promesas y de los pasquines. Es la época de convertir las calles en paredes de camerino de cupletista. Y de prometer que tendremos agua. Las fachadas de la ciudad se han llenado de muecas patrióticas. Entramos en la estación del Himno. La bandera. Y los discursos. Es el momento de recordar al Apostol y de temblar los empleados públicos. La capital es un museo de rostros en litografías a tres tintas. Galería de caras y caretas. Más caretas que caras, naturalmente. Se acercan las elecciones y hay en las fachadas caras que retan. Son las caras de la oposición. Caras que imploran. Son las de aquellos que piensan que la amistad es una colección de posibilidades. Ojos que miran al espacio. Esos son los discípulos de Martí. Que esperan el maná y el menú del cielo. En Cuba el ideal tiene sus temporadas. Como el carnaval y las liquidaciones de las tiendas. La temporada de la política pone la población como telón de teatro de zarzuela. Gestos con pretensiones de llegar al martirologio. Pero que no pasarán del espejo de una lechería. Los rostros que aspiran a hacer patria se agarran a los postes del tendido eléctrico con heroísmo de calcomanía. Los que ponen calcomanías son artistas por frotación. Un pasquin político puede ser la prueba de que para sostener en alto una mentira, no hace falta más que un poco de engrudo. Se acercan los comicios y la Habana tiene un aire así como de aldea que quiere vestirse de feria. Y los candidatos que antes no podíamos ver en ninguna parte, ahora los vemos en todas. En las puertas, en las ventanas, en los árboles, en banderolas de papel que flotan más allá del mal y del bien. Y más allá del sol y de la lluvia. Es la paradoja de un espectáculo de carpa que viene hacia el público. Ya la madrugada

no es un privilegio de borrachos sin equilibrio y de serenos con sueños. Cuadrillas de estranguladores de la arquitectura pasan con la escalera, los cordeles y los pasquines, dejando en una cara y en un número la esperanza de una patria mejor. Es la hora en que los amigos del candidato se reúnen y constituyen un comité. Se entiende por Comité de los amigos de Fulano una casa sin más muebles que un buró en la sala. Y unos taburetes y una mesa para jugar al dominó. Es la hora de acordarse de las grandes cosas que se han podido hacer y que no se hicieron. Y de prometer las que deben hacerse y no se harán. Se habla de la miseria en que vive el campesino. De la fe perdida. De la atención que merecen las clases olvidadas. Defender al pueblo entre los voladores de un mitin es ejercer la dignidad en forma de truco. No habrá entidad que se dé por aludida. Porque la culpa histórica de todos acaba por ser la culpa de nadie. La política puede ser una pugna ideológica entre los que ya han fabricado un chalet y los que todavía no han podido fabricarlo. Si en Cuba no hubiera buenos políticos, la Habana hubiese muerto en el Vedado. Y sería despoblado del Puente Almendares para allá. No se hubiese ensanchado la Habana en bonitas residencias de los que han interpretado en mampostería los pensamientos del Apóstol.

Hay dos formas infalibles de comprobar que se tienen menos amigos de lo que se piensa: una postulación y una rifa. Como el velorio, el entierro y el banquete homenaje son la comprobación de que se tienen más amigos de los que se necesitan. Los que se postulan confiados en los amigos que tienen y en los fa-

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

vores que han hecho, son gentes que nunca se han visto en la necesidad de rifar el reloj. La política no es cambiar votos por los favores que se hicieron, sino por los favores que se harán. Y que al cabo nunca se hacen. Se juega a ver quién engaña a quién. Oyendo a las dos partes, cualquier infeliz puede sentirse encantado de trabajar en una oficina privada. El elector deplora: "cuando salen, ya no se acuerdan de nadie." Y es verdad. El candidato filosofa: "me paso el año comprando recetas, operando madres, recomendando tíos, consiguiendo becas, costeano tendidos fúnebres. Y ahora salir me cuesta veinte mil pesos". Lo que también es verdad. En es sobre la baranda de la tribuna surgen el puñetazo bravo y la voz enérgica que implora por la pureza del sufragio. Las notas del Himno y el ¡bravo! en el mitin son gotas de agua fría que resbalan por el espinazo. El espinazo es el rascacielo de la fisiología. El discurso político es la recitación de la peor prosa. Hay oradores que se zambullen en la historia como con miedo de no dar pie. Y para recomendar que voten por Rodríguez, hablan de la antigua Grecia. No se puede ser absolutamente honrado, ni se puede ser absolutamente culto. Siempre se nos olvidará pagar una cuenta y se nos olvidará un lago de Rusia. La cultura es una cuestión de conformidad. Entendemos que es culta la persona que sabe más que nosotros. E inculta la que sabe menos. Existe una categoría intermedia. La de los que están preparados. Los que van a casarse con una mujer muy fea, justifican el paso diciendo que es una mujer preparada. Un mitin político es la cosa menos solemne, con guirnaldas de piñata. La piñata es el instinto que tenemos desde niños de dar palos a ciegas. Hay oradores políticos que sacan el patriotismo a pública subasta. Creen que la retórica es un medio de vida. Y el gesto de sacrificio la gimnasia sueca de los que quieren reducir el vientre del entendimiento. La radio ha variado la decoración de los mítines, porque ya el público puede quedarse en casa. Se va sintiendo el recuerdo de la bandera envolviendo la tribuna. Los adornos de palmas. Y los guajiros que venían a caballo con tierra colorada en los zapatos. Cuando el cocomacaco, el jipi y el traje de dril cien. Y no habla legisladores con camisas de playa.

Hay políticos que ponen en sus pasquines el anzuelo de un aforismo. Casi siempre beneficioso al proletariado. Es lo mismo que la canción-tema de las estaciones de radio. Es decir, música. Todos los rótulos

para los cubanos son música: "No parquear", "No fijar carteles", "Ojo, pinta". El aviso de "sea breve" bajo el cual se arquean y se derriten los enamorados en el teléfono. En las oficinas el jefe, que suele ser quien más habla y quien menos hace, ha colgado en la pared un cartelito donde se lee: "no lo diga, escribalo". En nombre de la higiene nos recomiendan "no escupir en el suelo". Pero no hay escupideras. Y cuando las hay, nadie tiene la puntería suficiente para escupir dentro. En estos últimos tiempos han aparecido los idealistas que emborronan las fachadas con sus pensamientos y sus convicciones políticas. "El Rey del carifio dice: García Concejal y Menéndez Representante". Con un cubo de esmalte y una brocha gorda cualquiera opina. Cualquiera traza pautas. Cualquiera dice. Lo curioso del caso es que por ese camino se llega también a la celebridad. Panfletistas de pared los hubo siempre. Lo que pasa es que antes escribían en los inodoros. Y ahora con eso de la libertad de pensamiento se han lanzado a la calle. La juventud es el amuleto triunfal de algunos políticos. "El joven representante". "El joven senador". El político nuevo se parece al político viejo en la política. Y se diferencia en la edad. La revolución es el enemigo de la política, que degenera en política. Se llega al pueblo con una promesa. O con una guayabera. La esposa del candidato desciende al solar. Y como la campaña electoral suele coincidir con los carnavales, el candidato regala una farola. Yo he aprendido a conocer a algunos políticos de mi patria a través de la cara que ponen en los pasquines. Torneo de gestos, entre de sacrificio y de abnegación. Ved a aquel, lo mismo que un ángel prendido al firmamento con un brochazo de engrudo. Ved a aquel otro, que para convencer a sus compatriotas, junto a la fotografía ha puesto una frase que parece el verso de la charada. Y el de más allá, que baja la vista con el recogimiento cristiano de una oración. Y el otro, que sonríe con la desenvoltura de la triple cómica que entre aplausos va a cambiarse el mantón. Hay el pasquín del rebelde que con la mirada quiere demostrar el triunfo de seguir viviendo a despecho de los peligros que ha corrido. Hay también el pasquín del pensador que se retrata sujetándose la barbilla. El candidato fotogénico anda en la vereda de lo cursi. Es el "picúo" que quiere lucir bonito en la cartulina. Y lo consigue a fuerza de rétoque. El



3

artista le ha quitado diez años. Y viéndole puede preguntarse si nace falta el maquillaje para servir al pueblo. Parece que cuando le postularon acababa de salir de una barbería de barrio. Con las patillas cultivadas por Yeyo. Olor a agua de Colonia. Y una mujer que se ha puesto celosa. Porque en la cartulina está entero. Es vispera de nuevos destinos para la patria, la ciudad se ha llenado de rostros. De números. Y de promesas. Los espejos de los cafés han sido eclipsados por juramentos. Y nos entra la pena de que con la feria de tantos hombres célebres, ya no habrá espacio para anunciar las verbenas. La moda de los cuadros artísticos de los candidatos a tamaño natural ha provocado una revolución en la estética de la campaña electoral. Acabo de detenerme ante un aspirante exhibido de cuerpo entero. Su pose impresionante oscila entre la solemnidad patriótica y el anuncio de una sastrería.

Am, marzo 3/46



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA